

un importante episodio de nuestra guerra de liberación.

«Parece Granada, entre la verde pompa de la frondosa vega, un ave con sus alas extendidas que hubiese quedado presa entre el Darro y el Genil.

Los dos ríos cantaban a la Damasco del Alandalus, la ciudad de las 14.000 torres y alminares que se alzaba a los cielos frente a las cumbres de Sierra Nevada.

Los soberanos árabes, dentro del recinto de sus murallas, hicieron alarde de gusto artístico y de riqueza. Antes que ellos dejaron huella de su paso los fenicios, que adoraron aquí al dios Rimmon, que en la lengua de los rabinos quiere decir ganado. Fué ciudad romana; los bárbaros arrasaron sus campiñas y sus pueblos; Leovigildo la agregó a su corona, y los pueblos musulmanes le dieron el esplendor que más tarde gozó.

Los versos del Islam se hicieron encaje en las maravillosas arcadas de la Alhambra, bajo las cuales sintió Boabdil que se escapaba de sus manos el centro del poderío granadino, que Fernando e Isabel iban ganando para engrandecer el naciente Imperio.

En la primavera de 1490 la flor de la caballería cristiana hizo frente a la ciudad. Fuerte cerco ciñó sus muros y rompieron lanzas los adalides de ambos campos, haciendo gala de gallardía y valor. La gran figura de nuestra reina Isabel tiene singular realce en estas jornadas decisivas. Ella fué ejemplo y empuje; su talento y su fe impulsaron los estandartes de Castilla y Aragón, escribiendo la dorada página del 2 de enero de 1492, en que la Cruz se alzó en la torre de la Vela y se oyó el grito enardecido de los capitanes:

«¡Granada, Granada por los reyes Fernando e Isabel!»

Templos cristianos irguieron su mole frente a las construcciones moriscas en el laberinto de las calles misteriosas. Alonso Cano trazó la gótica silueta de la Catedral, en la que se alza la

capilla real, donde, bajo las bóvedas esbeltas, duermen su sueño último los conquistadores de Granada. Los Católicos Reyes que cambiaron el sepulcro toledano de San Juan de los Reyes por este otro, acaso porque en la muerte quisieron estar más cerca del mar, aquel mar que las naves hispanas surcaban buscando nuevas tierras, en donde, junto a la Cruz, el Yugo, el Aguila y las Flechas, se habrán de elevar.»

Se inauguró el Consejo en el Palacio de nuestro gran emperador Carlos V; seguíamos viendo la Historia, y habló en nombre del Secretario general el camarada José Luna. Después empezaron las sesiones, que trajeron como nota importante la ordenación del libro de Formación para la Sección Femenina.

Este libro era la recopilación de todas las normas dadas hasta entonces con referencia a la formación de las afiliadas, mandos y masa. Así se unificaban las órdenes en beneficio de un mejor entendimiento de la doctrina y de una formación más completa para nuestra vida toda.

En el transcurso de los años pasados desde el Consejo de Madrid, se había ido aumentando la labor y el prestigio de las Divulgadoras Rurales hasta el punto de que, gracias a su eficaz ayuda, la mortalidad infantil disminuyó en España de una manera considerable. Se crearon principalmente para salvar vidas de españoles y lo estaban cumpliendo admirablemente.

Ya por este tiempo estaba en Rusia la División Azul, y otro de los quehaceres extraordinarios de la Sección Femenina consistía en preparar para las Navidades el aguinaldo, al que contribuía España entera; pero, gracias a la Falange, llevaba ese calor humano que pone la Sección Femenina en todas las cosas. El pequeño detalle, además de todo lo bueno que se les mandaba, que les hiciera más llevaderas las penalidades de aquella campaña tan dura, pero tan ejemplar y heroicamente soportada por los españoles.

La figura cumbre de estos aguinados era Laly Ridruejo, que en peso llevaba la envergadura de